

LOS ÚLTIMOS ESPECTADORES DEL ACORAZADO POTEKIN

Edilio Peña

¿Será que el encuentro del azar con el cual se inicia el diálogo de los dos interlocutores principales de la novela “ *Los últimos espectadores del acorazado potemkin*”, de Ana Teresa Torres, constituye un designio superior delegado en esta brillante narradora para develar el mundo oculto de una historia y su agónica parentela que la conforman?. Porque la voluntad de la conciencia humana – soberbia como siempre- no provee del instrumental indagatorio seguro e ideal para descubrir las pulsiones de una existencia, de un período, de una épica o del conglomerado social que compone a una nación. Así lo quieran y lo pretendan con celo los propios protagonistas de la vida y de esta novela singular, tanto para el interés del amante de la trascendencia como para ese anónimo indiferente, inmerso en el transcurrir de la nada que enmarca la vasta cotidianidad antropófaga.

Ese solitario, transformado en lejanía, sin identidad ni referencia para rumiar el soliloquio de su estrecha vida, porque no tiene ambición ni tormento, llega a ser (sin pretenderlo) el ojo del huracán narrativo por donde desciende la traductora y la escritora de esta novela que se escribe a tres manos: la que escribe Richard Crooks, Ana Torres y Ana Teresa Torres. Más allá, el par de hermanos se separan en intereses como todos los personajes de las dos familias de esta narración novelada, aunque la coincidencia se obstine en acoplarlos en los vínculos de la consaguinidad, en la ideología o en la historia misma del general Pardo. Un fruto de la humillación y la venganza, de la rivalidad y el resentimiento de las montoneras, hoy parte sustantiva de nuestra tradición política. Quizá por eso el núcleo familiar abordado en esta novela, termina escindiéndose en el trajinar de la convivencia, porque en el fondo la impronta de la desgarradura irreparable allana a sus componentes convirtiéndolos en sombras desconocidas. Vivir la vida para cada personaje, anclados en las páginas de esta novela, es ir alejándose progresivamente del territorio referente hasta diluirse en el espejismo de otra realidad. Esa otra elusiva que aprovecha de componer en ficción narrativa la prosa extraordinaria de Ana Teresa Torres.

La narradora parece decirnos en el cuerpo de la significación metafórica, al leerla con fruición, que la memoria es el único sendero que intenta preservar el individuo mientras la masa de su cerebro le permita recordar el pasado. Aunque el recuento de esa memoria no posibilite la capacidad y la seguridad de organizar con certeza los acontecimientos acumulados en la cantera de los recuerdos. Algo siempre se extravía en ese tránsito por donde el alma se va a otra parte. Porque el tiempo, paradójicamente, ha modificado o trasgredido

con otras representaciones o simulaciones, el caro acto del vivir. Lo ha desmembrado, lo ha llenado de vacío. La cronología no puede hacer nada con sus pretensiones ridículas de orden e ilación. Mucho menos el placer, porque el placer está condenado al instante, al momento que se va. Como las muchachas eventuales que satisfacen la sexualidad de nuestro protagonista masculino. A la distancia, sólo podemos otear umbrales infranqueables. Sólo nos quedan los puentes colgantes construidos por la impotencia, al querer volver a transitar lo vivido o lo escrito, los momentos devorados por las fauces del olvido. Las imágenes reencontradas no son las mismas, los tonos tienen otras resonancias. Los rostros se han desdibujado, las voces han envejecido. Nos hemos borrado indefectiblemente, o alguien o algo más poderoso y soberbio, nos ha exilado para siempre de lo que fuimos.

Recordar es descender al entramado de un laberinto sin salida, donde por lo general, uno se ausenta y pocas veces se encuentra. El testimonio de esa caja de zapato que contiene los escritos del hermano extraviado del protagonista masculino de la novela de Ana Teresa Torres, ese otro narrador que también se cuele en la intrigante fluidez narrativa, emblematiza esa desgracia titulada sugerentemente: "*La noche sin estrellas*". Porque todo este vivir, tanto para los personajes de la realidad como para los de la ficción narrativa, habrá de terminar tarde o temprano, en la oscuridad. En la nada. Insisto, ésa parece ser la subtextualidad que se prefigura por entre las líneas de las anécdotas que enlaza la capacidad fabuladora de Ana Teresa Torres.

No es casual, entonces, que quien intenta consignar en un diario el instante que le ha tocado vivir, involuntariamente, lo borra al convertirlo en palabra, al nombrarlo, al manchar la página impoluta. Tenemos una sed de absoluto porque sucumbimos y somos prisioneros de una realidad relativa, estrecha. ¿No fue eso lo que le pasó al hermano de nuestro protagonista?. Una grabación, un video, una película termina por sustraer la vitalidad de la existencia: el azar irrepitable. ¿ No fue eso que no pudo prever Serguei Eisenstein cuando filmó "*El acorazado potemkin?*" Además, recordar no sólo es querer volver a reencontrarse con la circunstancia vivida, sino que también, con el sentir que la carne de las emociones ya no puede reproducir con la misma intensidad de aquélla vez. La pretensión de hallar y fijar lo vivido se escapa como la propia lozanía de la infancia, de la juventud. Las arrugas de la piel hablan de ello. Es el tatuaje de una condena que no sólo se ejecuta en el cuerpo, sino que por igual, se registra y se ejecuta en la mente y en el espíritu de quien solamente puede vivir sólo una vez. Entonces, el sendero de la memoria termina siendo un espejismo donde la ebriedad del recordar nos traiciona en la dualidad feroz y brutal con la que está hecho el imposible. Quizá por ello, Orfeo, cuando desciende a los infiernos para

rescatar a Eurídice de las garras de la muerte, no resiste el viaje de regreso al presente de la vida, y presa de la trepidante emoción amorosa voltea su rostro para ver si ella ciertamente lo sigue hacia la magna utopía, violentando la advertencia del dios Hades quien le ha dado la oportunidad de resucitar a su amada a la vida con la condición pautada previamente por él. Tal acción de Orfeo, hace que Eurídice, se desvanezca en el olvido. Entonces a Orfeo, poeta y músico, seguramente no le quedó otro camino que evocar a su amada a través de canciones, baladas, los récipes de la nostalgia donde también viven los recuerdos. Se canta para que no mueran los recuerdos.

Entonces, no es tan casual que la historia que sustenta la novela “*Los últimos espectadores del acorazado potemkin*”, de Ana Teresa Torres, se desarrolle desde un espacio de confluencia donde todos los personajes van a narrar o a recontar, a su manera, desde ese bar llamado *La Fragata*, la pintura de un navío perdido a la deriva en medio de un mar tumultuoso, mientras se desarrolla sobre una mesa con mantel rojo, el diálogo entre los dos interlocutores conducentes de la historia, la traductora de una novela de un escritor anglosajón y el oscuro oficinista de una empresa de seguros, y donde también, los simuladores de Orfeo cantan con desafino y poco talento, la nostalgia, el despecho o la alegría repetitiva de un merengue o del pasodoble de Silverio Pérez.. La traductora de la novela de Richard Crooks, es quien aborda al desconocido personaje masculino, pero ambos personajes sin identidad (¿cómo se llaman ciertamente?) Destejen un pasado personal, colectivo, mítico y paradigmático a medida que se aproximan al conocimiento con el juntar de las palabras que destellan imágenes. El encuentro ha sido preparado para explorarse, nunca para seducirse. Y aquí está el gran hallazgo estructural de esta novela que la distancia de todas aquellas otras que han abordado la memoria. Incluyendo, la enciclopedia del memorioso Marcel Proust. Una estructura que despierta una pregunta:¿ Le memoria es una trampa de la ontología o de la cultura?

La novela de Ana Teresa Torres, “*Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*”, parte del mito de Eurídice, Orfeo y Aristeo, pero en vez de reeditarlos en la tradición previsible del narrar, lo altera en la recomposición de una estructura novedosa que enmarca los desatinos de una historia contemporánea. De nada nos sirven los mitos y los paradigmas que le dieron sustancia a los seres de occidente. No sólo se ha desvanecido la mujer de nuestro protagonista, también su hermano otrora revolucionario, así como el abuelo de ambos, el legendario general Pardo perdido en la domesticidad rural. La memoria de las dos familias que apuntalan la novela, la de los emigrantes y la nacional, quisieron asegurarse en la perpetuidad inalcanzable del progreso en todas sus vertientes, materiales y existenciales, pero fueron

anulados por un dios más poderoso fabricado por la modernidad temprana y tardía. De nada sirvió que el hermano del hombre que cojea, y que hoy está contando desde la mesa de un bar, se entregara al mito de la revolución cuando ésta terminó por derrumbarse en la vejez mimética de un doble espía francesa, llamada Irène Lenirov. De nada sirvió que nuestro protagonista contara su prolija épica y después regresará al bar La Fragata y nadie lo reconozca, y mucho menos, recuerden a su intermediaria. La traductora de su existencia.

Al final de la novela o de las novelas que hemos leído en una, la traductora e interlocutora detectivesca de esta saga, insólitamente, también desaparece sin dejar rastro. Sólo sus palabras quedan impresas evocando las imágenes que ven o leen “ *Los últimos espectadores del acorazado potemkin*”. Allí donde se funde la omnisciencia narrativa de Ana Teresa Torres, pero también, la de su doble: Ana Torres.